

legítimamente, podremos pensar más libremente acerca de padres, madres y sus funciones. Por otra parte, esto no implica la exclusión de los padres o las funciones que pueden cumplir. Por el contrario, supone una expansión del rol de los padres tanto en sus funciones simbólicas como de cuidados.

Señalaba Tort (2005) que existe el riesgo de que el psicoanálisis encarne la nostalgia del patriarcado. Consideramos que esto tiene que ver con las soldaduras y encadenamientos de conceptos tratados como fundamentos universales que consideramos necesario deconstruir en pos de nuevas construcciones. De lo contrario, existe el riesgo de reificar lo simbólico en cuanto propio de un Padre. Las idealizaciones están en juego.

Prosigue este autor subrayando que la especificidad de la función paterna solo se podrá establecer cuando se constituyan relaciones no jerárquicas entre los sexos.

A nuestro criterio, las relaciones no jerárquicas entre los sexos no anulan la diferencia, pero impiden que se cosifique en relaciones de poder-dominio y en atribuciones fijas sobre las funciones simbólicas.

Finalmente, el devenir-sujeto requiere otros puntos de partida para pensar la producción subjetiva, que permitan generar espacios en los que la ley no se lea como una abstracción estructural sino en el contexto de una historización necesaria.

Conclusiones y aperturas

La diferencia sexual y la lógica de la complejidad

El objetivo que nos habíamos planteado en este libro era abordar los puntos ciegos y aporías en relación con la noción de diferencia sexual en el campo psicoanalítico. El punto de partida fueron los desafíos teóricos y clínicos que se presentan tanto desde las llamadas diversidades sexuales como desde los cambios que se constatan en las posiciones y experiencias de mujeres y hombres en el mundo contemporáneo.

Hemos enfocado este estudio como un análisis de borde, con un abordaje intradisciplinario e interdisciplinario que implicó establecer relaciones imprescindibles con el concepto de diferencia, tanto desde las distintas teorías en el interior del campo psicoanalítico como desde otras disciplinas en el marco de los discursos sociales y culturales vigentes.

Para abordar esos fines nos habíamos propuesto un análisis genealógico y una deconstrucción de la categoría "diferencia sexual" en psicoanálisis así como la iluminación de las lógicas que la sostienen y los debates en juego al respecto. En esto está implícito que las deconstrucciones son necesarias cuando se plantean problemáticas que no se pueden resolver dentro de las coordenadas de un marco teórico dado y que esto puede eventualmente conducir a nuevas construcciones en un proceso de movimiento constante.

En nuestro desarrollo hemos analizado los desafíos al concepto de diferencia sexual que provienen del campo de las diversidades sexuales y de género, de las cada vez más difundidas nuevas, y no tan nuevas,

configuraciones familiares, así como de los cambios en la posición femenina que se constatan desde las últimas décadas, todos ellos como presentaciones que impulsan una revisión de ese concepto en psicoanálisis. Hemos puntualizado también, que la forma en que se piense la diferencia sexual y las conceptualizaciones afines a lo masculino y lo femenino tienen implicancias sobre hombres y mujeres concretos así como sobre la categorización de las parejas no convencionales –desde el punto de vista de la sexualidad y el género– y sobre los procesos de subjetivación de sus eventuales hijos. En este último caso, la posición que se adopte puede implicar localizarlos en un "fuera de lo simbólico", o no.

Esto supone que nos encontramos en el trabajo clínico con la problemática de la diferencia sexual, tal cual se presenta en las sociedades contemporáneas. Como subrayamos, hay elementos a revisar en las concepciones sobre la diferencia, en el amplio sentido de la palabra. Para ello, en nuestro itinerario hemos tratado de iluminar las contradicciones y paradojas que acompañan a la categoría "diferencia sexual", noción cara al campo psicoanalítico. Partir de los obstáculos e *impasses* acerca de la diferencia sexual es uno de los caminos que hemos elegido.

Hemos revisado las problemáticas que surgen de la propuesta freudiana sobre la diferencia sexual analizando la travesía edípica en niñas y varones. Para el varón, la resolución edípica se produce a través de la angustia de castración frente a la diferencia sexual que, si es resuelta, conduce a una salida exogámica. Para la niña, Freud (1925) mostró tres caminos posibles: la histeria o frigidez, el complejo de masculinidad y la maternidad como meta *princeps*. Solamente esta última indicaba una resolución lograda del complejo de Edipo. Quedó así desmentida una sexualidad femenina no materna y no histérica. Esas salidas, que excluyen una sublimación lograda para la mujer ya que, si se produce, para Freud siempre será una expresión de masculinidad, reiteran la dicotomía clásica masculino-femenino, hombre-mujer y la ubicación de lo femenino y lo materno en el lugar de la naturaleza y de las emociones.

Si bien en la obra freudiana hay otras vertientes, como ya lo mencionamos, Freud nunca renuncia totalmente a homologar lo masculino con el sujeto, y lo femenino con el objeto de deseo y de conocimiento así como con la otredad. Se trata de una lógica dualística que es también una lógica de poder. De esta manera, cuando la otredad está localizada en la mujer o bien en las diversidades sexuales y de género, el tema se complejiza.

Sin embargo, los textos freudianos son multicéntricos. Y aparecen, en una lectura cuidadosa, otras formas de pensamiento que exceden el pensamiento dualístico, binario. Recordemos las series complementarias en las que se analizan los procesos de subjetivación desde tres variables (lo constitucional, lo infantil, lo accidental). Y recordemos nuevamente sus reflexiones y conclusiones en un caso de homosexualidad femenina (Freud, 1920). Puntualiza que no es misión del psicoanálisis "curar" la homosexualidad sino, en todo caso, analizar sus determinaciones. Concluye este artículo con la propuesta de pensar los procesos de subjetivación sexuada a partir del interjuego de tres órdenes de determinaciones, que mencionaremos a continuación. Esta postulación avanza sobre el pensamiento binario y propone un pensamiento triádico.

En síntesis, encontramos en los textos freudianos dos líneas que se pueden extraer de su obra para pensar los procesos de subjetivación sexuada:

1. La resolución edípica que conduce a ubicar al sujeto en una posición masculina o femenina a través de una salida heterosexual, acentuando así una polaridad binaria, dicotómica.
2. Una propuesta tripartita que, como hemos señalado, aborda en "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (Freud, 1920) en la que la construcción subjetiva se produce teniendo en cuenta tres variables: los caracteres sexuales somáticos, los caracteres sexuales psíquicos (actitud masculina o femenina) y el tipo de elección de objeto (homosexual o heterosexual), en sus diferentes combinaciones. Es decir, que esas variables pueden entrar en distintos tipos de relaciones y no necesariamente coincidir entre sí.

A nuestro juicio, esta última línea merece desarrollarse y ampliarse ya que excede al pensamiento dualístico frente a las ambigüedades e incertidumbres de los itinerarios de la sexualidad.

Indudablemente las dos líneas de pensamiento (binario y triádico) coexisten, a nuestro juicio, en la obra freudiana y vamos a retomar y profundizar la segunda en nuestras conclusiones.

Otros autores, como Winnicott (1966) y Lacan (1972-1973), avanzan sobre las dicotomías expuestas y, desde distintas perspectivas, desarticulan lo femenino de la mujer y lo masculino del hombre.

Sin embargo, especialmente en este último autor, la propuesta sigue siendo dualística y lo femenino y las mujeres aparecen con un

trasfondo vinculado al concepto de castración –aun diferenciando lo imaginario de lo simbólico–, de carencia, de ausencia de significante, de “poseedoras” de un goce femenino por fuera de lo simbólico, entre otras conceptualizaciones.

La hipótesis central de nuestro trabajo es que el pensamiento binario funciona como un límite frente a los desafíos que se presentan para pensar la diferencia sexual en el amplio campo de las diferencias. Esta hipótesis central se conecta con otras hipótesis secundarias que se fueron desarrollando en el curso de este estudio. Entre ellas: que el orden fálico no abarca la complejidad de la noción de diferencia sexual y que existen homologaciones que es necesario desarticular entre los pares masculino-femenino, fálico-castrado, presencia-ausencia, naturaleza-cultura, racional-emocional.

Primera proposición

Nuestra primera proposición es pensar la categoría “diferencia sexual” con otras lógicas, más allá de la lógica binaria. Para ello abordamos los procesos de subjetivación sexuada en forma triádica, con sostén en el paradigma de la complejidad (Glocer Fiorini, 1994, 2001a, 2007a).

El concepto de diferencia sexual tiene una vertiente imaginaria que se expresa en las teorías sexuales infantiles (y adultas), pero remite también a aspectos simbolizantes.

Como ya hemos señalado, la oposición fálico-castrado es una construcción imaginaria que describe las propuestas de Freud sobre las teorías sexuales infantiles frente al descubrimiento de la diferencia sexual. El concepto de fase fálica expresa la polaridad presencia-ausencia tal como la describe Freud (1909) desde el punto de vista del niño varón, angustia de castración mediante. Pero, si a esta oposición se le otorga significación y se la homologa con la polaridad masculino-femenino, tal como ocurre con las teorías sexuales infantiles, se produce un deslizamiento cuyas determinaciones y consecuencias es necesario desplegar.

En este aspecto, diferenciamos también entre la fase fálica freudiana y el denominado orden fálico que responde a un universo significativo en el que el falo sería el significante amo (Lacan, 1966). (Cf. capítulo 14).

Segunda proposición

Puntualizamos que en nuestros desarrollos, y esto forma parte de nuestra proposición, la diferencia no es abarcada exclusivamente por el orden fálico. Justamente, nuestra perspectiva conduce inevitablemente a pensar la diferencia sexual más allá de los binarismos clásicos. Esto no significa eliminar las polaridades binarias pero sí buscar intersecciones, interfaces, que permitan categorizar la diferencia con elementos propios del paradigma de la complejidad.

Binarismos

Se configuran saberes y nociones sustanciales, esenciales, acerca de la diferencia sexual. Se constituyen problemáticas en el plano del pensamiento que es necesario desarticular: las analogías, las dicotomías fijas, las homologaciones, los sistemas y estructuras cerrados.

Por eso, habíamos postulado recurrir a otras lógicas para pensar las mismas cuestiones y poder avanzar sobre sus contradicciones y problemáticas.

Están en juego los binarismos: sujeto-objeto, sujeto-otro, fálico-castrado. Como ya señalamos, una de las problemáticas fundamentales es la homologación de esas polaridades al par masculino-femenino. A partir de aquí es que proponemos descentrar los binarismos cerrados para poder desarticular estas equiparaciones automáticas a lo masculino y lo femenino.

El análisis de sus genealogías implica poder sobrepasar la lógica de las dicotomías excluyentes buscando “líneas de fuga” (Deleuze, 1995) entre ellas, en un devenir que genere otro tipo de diferencias y que permita exceder las posiciones sustanciales sobre lo masculino y lo femenino.

Esto desmarca los lugares fijos, tanto para lo masculino como lo femenino, y permite categorizar de otra manera los fenómenos de subjetivación en ambos sexos, abarcando distintos itinerarios del deseo.

Se trata de entender las subjetividades en movimiento, en devenir. En estos movimientos se cuestiona también un cierto confort del saber que se adhiere a las posiciones fijas, ya conocidas.

Esta deconstrucción de las dicotomías binarias, si bien no las elimina ya que son parte del lenguaje, crea las condiciones para ir más allá de las equiparaciones clásicas: sujeto-masculino, objeto-femenino, mujer-madre. Por otra parte, el incorporar otro modo de pensar el concepto de diferencia permite también desarticular la equiparación automática

de homosexualidad con perversión. Puede también generar otra opción para entender los procesos de subjetivación sexual en los hijos de parejas no convencionales desde el punto de vista de la sexualidad o el género, sin reducirlos a un plano de abyección, a un fuera de lo simbólico.

En síntesis, si retornamos a nuestra hipótesis sobre los puntos ciegos que hemos señalado en relación con el concepto de diferencia sexual en psicoanálisis, postulamos que están apoyados en operaciones binarias de pensamiento. Por ello reiteramos la necesidad de recurrir a otras lógicas, otros modelos de pensamiento sustentados, como ya mencionamos, en el paradigma de la complejidad (Morin, 1990; Prigogine, 1988) y en el pensamiento en intersecciones (Deleuze y Guattari, 1980), (Trías, 1991), que permitan dar cuenta en forma más aproximada de algunos callejones sin salida atinentes a los procesos de subjetivación sexual en la contemporaneidad. Se trata de ir más allá de los dualismos sin anularlos, pero incluyéndolos en complejidades mayores.

En este contexto, nuestra propuesta fue tomar en cuenta *las diferentes significaciones de la categoría "diferencia", que hacen a las diferencias entre sujetos así como a la diferencia en el plano intrapsíquico.* Y analizar de qué forma se interpretan, de acuerdo a qué criterios, y cuál es la universalidad o contingencia de las mismas.

A partir de esta propuesta se avanzó aún más, ¿es la diferencia sexual una noción dependiente de cambios históricos o sociales? O, en el otro polo ¿sería una referencia a lo Real lacaniano, a lo no simbolizable; y, en este sentido, un concepto que alude a un más allá de lo simbólico o, como señalan algunos autores, a un límite a lo simbólico? (Žižek, 2003; Laclau, 2003.)

La cuestión de la diferencia sexual adquiere mayor densidad si consideramos que se trata de una categoría que escapa a cualquier posibilidad de simbolización totalizante, aunque su vertiente imaginaria hace puente con efectos simbólicos. Entonces, si aceptamos que la diferencia sexual no puede ser completamente simbolizada, justamente esto hace que los efectos de historización entren a jugar, fundamentalmente en las narrativas con distintas significaciones que se le adjudican. Esto implica considerar hasta qué punto responde al concepto de lo Real y hasta dónde al de historización.

A nuestro juicio, si bien hay un aspecto no simbolizable en la diferencia, lo enigmático que equívocamente se atribuye a lo femenino, también sostenemos que los discursos vigentes en cada época marcan distintas significaciones y distintos límites, que nunca son fijos, entre los aspectos simbolizables y no simbolizables de la diferencia.

En nuestros desarrollos entendemos que los conceptos que estructuran las teorías no son independientes de lo decible y pensable en cada época (Angenot, 2010).

Tercera proposición

En este marco, nuestra perspectiva es pensar la diferencia como una categoría sujeta a formalizaciones que, a nuestro juicio, son historizables. Tenemos en cuenta que los movimientos de la cultura responden a una lentitud, propia de ciclos inerciales, que provoca el efecto imaginario de lo eterno e inmutable. Esto se diferencia de los efectos de lo epocal, cuyos movimientos son registrados y visibilizados más claramente en cada momento histórico.

Indudablemente, está en juego el debate estructura-historia. En este caso, pensamos el concepto de estructura en una forma ampliada y diacrónica (Sartre, 1963) constituida desde normas, exclusiones y forclusiones (Butler, 2002) y nos alejamos de su conceptualización como inmutable y eterna. El acontecimiento y el azar son parte imprescindible de esta propuesta y esto se opone a una posición sustancial sobre la diferencia.

Es necesario también ubicar las concepciones sobre la diferencia sexual entre lo universal y lo particular, entre lo universal y lo contingente. Nuestra perspectiva va más allá del intento de localizar lo universal en relación con lo masculino y lo contingente con respecto a lo femenino respectivamente, aun considerando que como "principios" sean independientes de hombres y mujeres concretos.

Diferencias

Nuestra propuesta se enmarca en la convicción de que la diferencia sexual es un concepto de borde y que si se considerara en forma segmentada en cada campo disciplinario y teórico en particular, quedarían excluidas las determinaciones de los otros campos.

- a) Si tomamos la diferencia sexual, en un sentido freudiano, recalamos en las teorías sexuales infantiles sustentadas en el eje fálico-castrado. Pero, si nos detenemos aquí esto excluye, por un lado, una aproximación genealógica que analice la categorización de lo visible y lo invisible así como de los poderes ligados al establecimiento de estas categorías. Por el otro, excluye

la diferencia de géneros, masculino y femenino, y sus fantasmáticas. Estos son reconocidos y nominados al nacer, son de carácter imaginario pero con fuertes efectos simbolizantes que entran a jugar con el campo de la sexualidad determinando diferentes formas de subjetivación y diferentes conflictos.

- b) Si consideramos exclusivamente la diferencia de géneros, estamos en el campo de los ideales sobre lo masculino y lo femenino, pero lateralizando la potencialidad del campo del deseo y sus relaciones con el género asignado, excluyendo a la vez sus eventualmente conflictivas relaciones con los cuerpos que la sustentan.
- c) Si nos circunscribimos solamente a la diferencia anatómica excluimos sus consecuencias psíquicas y, fundamentalmente, los juicios que determinan los criterios que la sostienen y que también son historizables.

A la vez, el reconocimiento de la(s) diferencia(s) es parte fundamental del acceso a un universo simbólico. *Pero, como ya señalamos, la diferencia excede la noción de diferencia sexual, ya que hay otros planos en que se presenta.*

Al nacer, somos asignados como varones o niñas, salvo casos especiales. Esto es un imperativo de las legalidades vigentes y es una asignación sustentada en la anatomía sexuada y su interpretación. La inserción en un contexto de lazos sociales, en la cultura, así como las variabilidades del empuje pulsional-sexual hacen que se afirme, pierda o cuestione esa identificación (ser identificado) o posición inicial. En otras palabras, esa identidad inicial puede difuminarse, consolidarse o complejizarse en un multideterminado trayecto fantasmático, identificatorio y deseante, que implicará o no el acceso a la diferencia en todos sus niveles.

En este contexto, la diferencia sexual trasciende tanto a la diferencia anatómica como al dualismo fálico-castrado y pasa a formar parte de un sistema complejo de relaciones y diferencias. Esto implica distinguir entre la diferencia sexual propia de las teorías sexuales infantiles y las diferencias simbólicas que se pueden generar en el cruce de los conjuntos ya mencionados.

Por otra parte, el conocimiento de la identidad de género puede ser simultáneo con el desconocimiento de la diferencia sexual. En este marco, hemos enfatizado la dependencia de estas categorías de los discursos sociales vigentes.

A partir de aquí, nuestra perspectiva es efectuar distinciones entre la diferencia de los sexos en el campo de la sexualidad y la diferencia

de géneros en el dominio de la diversidad de ideales identificatorios. En ambos casos, con sus contradicciones y puntos ciegos.

Si retomamos nuestra propuesta sobre el pensamiento triádico, postulamos un *interjuego entre la diferencia sexual y la diferencia de géneros que se produce en el marco de una heterogeneidad anatómica*. Es decir, que los *cuerpos* (reconocidos y asignados al nacer en el campo de lo femenino o lo masculino por un imperativo cultural), los *ideales de género* (transmitidos a través del inconsciente parental y de los otros de la cultura) y las *fantasmáticas deseantes en el campo de la diferencia sexual* (por ejemplo, las teorías sexuales infantiles y adultas) entran en relación. Su articulación y/o colisión, simultáneas o no, generan subjetividad sexuada (Glocer Fiorini, 1994, 2001a, 2010b).

Consideramos que la subjetividad sexuada se construye en la intersección de las categorías mencionadas. Estas categorías son heterogéneas entre sí y, a la vez, son indisociables de las significaciones asignadas por los discursos imperantes. No hay una armonía concordante entre ellas y por ello los procesos de subjetivación sexuada se constituyen en tensión. La articulación o colisión entre estos campos producirá fenómenos de subjetivación. La forma en que se relacionan generará grados de simbolización y conflictos variados en relación con la identidad sexual y las cartografías del deseo. Indudablemente, estos conflictos estarán en relación con las concordancias o discordancias eventuales frente a las legalidades de la cultura.

Se hace necesario tener en cuenta con relación a la *heterogeneidad anatómica* de los cuerpos sexuados que la naturaleza siempre es interpretada, por lo que ya no es más natural. Con respecto a la *distinción de géneros* debemos puntualizar que están en relación con pluralidades identificatorias, relacionadas con el deseo de los padres y su proyecto identificatorio para con el hijo. Y, en relación con la *diferencia psicosexual* hay que enfatizar que apunta al campo del deseo, que descentra y excede por definición las dicotomías binarias excluyentes.

La propuesta, entonces, es pensar los procesos de subjetivación a partir de las intersecciones de estos conjuntos, en concordancia o colisión. Se trata de un esquema ternario en el que la psicosexualidad descentra el dualismo sexo anatómico/género cultural.

En este sentido, asumir una subjetividad sexuada va a depender de cómo se tramiten los procesos de simbolización sobre la base de continuidades y discontinuidades entre estas categorías. *Esta concepción triádica desarticula la polaridad sujeto=masculino y objeto=femenino=otro*. Implica también reconocer que en cada sujeto

hay un otro así como que el otro es también sujeto. Supone establecer pasajes en un sistema abierto: del objeto de deseo al otro diferente o radicalmente otro, pero también del otro a la posición de sujeto. En estos movimientos en los que ambos, sujeto-otro y otro-sujeto son intercambiables, lo femenino puede dejar de estar indisolublemente homologado a lo otro y las metateorías que sostienen las teorías sobre la diferencia sexual podrán, eventualmente, modificarse. Esto también tiene consecuencias en las conceptualizaciones sobre la homosexualidad así como sobre las diversidades sexuales y de género en general, cuando son homologados a lo otro o a lo fuera de lo simbólico.

En el contexto de este trabajo hemos tomado un concepto ampliado de la diferencia, que abarca la diferencia psicosexual (en el plano del deseo y la elección de objeto), la diferencia o diversidad de ideales de género y la diferencia anatómica (cuyo estatus siempre es una interpretación). Luego las relacionaremos con otras categorías sobre la diferencia.

Campo de intersecciones

Los procesos de subjetivación están vinculados a la producción y reconocimiento de estos planos de diferencias, siempre que tengan efectos simbólicos.

Se trata de tres tipos de diferencias. Estos tres conjuntos no son autónomos de los códigos lingüísticos, discursivos, sociales e ideales que determinan la configuración de una posición sexuada y una identidad de género, con sus eventuales discordancias. Por otra parte, se dirimen en la intersección de planos imaginarios y simbólicos con zonas de difícil representación psíquica y con vertientes no simbolizables. Para Deleuze (1968), el concepto de diferencia pone en cuestión los límites de la representación.

Colocamos a la diferencia psicosexual en relación con la diferencia sexual anatómica y la diferencia o diversidad de géneros, ya que entendemos que en esa (no) relación se generarán eventuales problemáticas clínicas y conflictos en el campo de la subjetivación sexuada (heterosexualidad y homosexualidad, transexualismo, travestismo, transgénero, entre otras presentaciones).

Insistimos en remarcar la necesidad de distinguir entre diferencia de géneros y diferencia sexual. Corresponden a realidades y fantasmáticas heterogéneas, que pueden o no concordar.



Remarcamos también lo inconducente de trabajar con nociones estrictas sobre lo masculino y lo femenino ya que no son conceptos que el campo psicoanalítico pueda abarcar. Sabemos que son cambiantes, tanto desde el punto de vista individual como en distintas culturas y subculturas.

Cuarta proposición

En la perspectiva planteada y de acuerdo al trayecto recorrido en esta investigación, nuestra cuarta proposición es trabajar sobre la noción de diferencia no solo en todas las vertientes posibles atinentes al psicoanálisis, sino también en sus relaciones transdisciplinarias y transculturales.

En este contexto, y si tomamos los diferentes planos en que se expresa la diferencia, constatamos que cada plano constituye un conjunto y que la relación entre esos conjuntos, sus oposiciones y superposiciones, expresarán distintas problemáticas en la constitución del sujeto. Se trata de una conceptualización abarcativa, en tensión y no necesariamente articulable, que permite acercarnos al gráfico propuesto anteriormente.

La relación entre esos conjuntos es particular para cada sujeto, pero también hay elementos generalizables. La diferencia sexual está inmersa en esas relaciones, y sus ambigüedades, articulaciones y choques hacen impacto en la subjetividad, a la vez que descentran una fijeza inamovible sobre lo masculino y lo femenino.

Esto implica que no habría una diferencia simbólica como una categoría trascendente y sustancial. Se trata de una afirmación que se apoya en nuestra propuesta de que la diferencia es una noción en complejidad, que se juega en diferentes planos y categorías y que presenta ambigüedades e indefiniciones que también es necesario transitar.

En este punto se presenta otra cuestión que proviene del campo de la filosofía y la lingüística, pero que penetra en el campo psicoanalítico. La diferencia en el campo lingüístico, el corrimiento de significantes generando diferencias, ¿qué relación tienen con la diferencia sexual?

Con esta inclusión se agrega un conjunto más para pensar en los cruces entre estas variables en relación con los procesos de subjetivación.

Además, ¿es el horizonte de una falta fundacional lo que genera diferencia? O, por el contrario, como señala Deleuze (1968), ¿es necesario positivizar la diferencia? ¿La diferencia se construye sobre un fondo de ausencia o de presencia? O, ¿ambos coexisten?

Quinta proposición

Nuestra quinta proposición es que la "falta", común a todo sujeto, solo se establece sobre un fondo de presencia. Y que, en este sentido, el interjuego presencia-ausencia es indisoluble y no responde a una causa última localizada en la carencia.

Si ahora retornamos a nuestras propuestas sobre la noción de sujeto, recordemos el planteo de abordar concepciones alternativas del sujeto (unitario, escindido y fragmentado). Habíamos sugerido que era necesario un trabajo de construcciones para el sujeto fragmentado y de deconstrucciones para el sujeto unitario. Esta propuesta podemos utilizarla en el campo de las diferencias.

En los conjuntos propuestos para categorizar la diferencia se puede trabajar con procesos de construcción y deconstrucción, de síntesis y de análisis. La deconstrucción podrá descentrarse de un sujeto

de conocimiento que tradicionalmente fue homologado a la posición masculina, y generar nuevas síntesis, siempre transitorias, que encontrarán eventualmente un tope en deconstrucciones posteriores. Esto permitirá también desarticular la homologación carencia-objeto de deseo-enigma para lo femenino.

La propuesta es arribar a zonas de pasajes. Se hace necesario:

- Un pasaje por la deconstrucción para acceder a construcciones complejas.
- Por los binarismos para arribar a lógicas de la intersección.
- Por las homologaciones para llegar a necesarios descentramientos.
- Por las configuraciones complejas para situar subjetividades singulares.

La diferencia es un concepto de encrucijada

La diferencia atañe también al concepto de temporalidad. Para Green (1975, 2000), el tiempo que regula los intercambios entre el niño y la madre cuando son separados no es de uno ni de otro, sino que es el tiempo de la diferencia fantasmática, tiempo transicional.

Pero, la diferencia es, asimismo, un concepto filosófico. Para Heidegger (1957) es distinción, divergencia, es lo contrario al ser en cuanto categoría totalizante. De aquí surgen líneas que acentúan la diferencia en el plano del corrimiento significante (Lacan, 1966). Por su parte, Derrida (1987) sostiene el concepto de *différance*, término polisémico que se sostiene en un juego de palabras entre diferenciar y diferir, alusivas a la condición primera del funcionamiento del lenguaje y el pensamiento. Los significados son atribuidos al juego de diferenciar-diferir de los significantes. Lyotard (1983) propuso el concepto de "diferendo" como disputa entre, por lo menos, dos partes que operan juegos de lenguaje radicalmente heterogéneos, de tal manera que no se puede alcanzar ningún consenso sobre principios o reglas que establezcan como se puede dirimir la disputa. Para Deleuze (1968) la diferencia es repetición dinámica y la distingue de la repetición estática. Sigue líneas de pensamiento que proceden de Kierkegaard y fundamentalmente de Nietzsche. En este marco se inscribe el concepto de lo dionisiaco frente a lo apolíneo: el caos, la intoxicación frente a las formas organizadas. También alude a que en el eterno retorno hay repetición y en el seno de la repetición se marca diferencia. Ya sea que se considere que en la repetición está incluida la diferencia o que se consideren dos tipos de repetición, estática y dinámica, no hay una

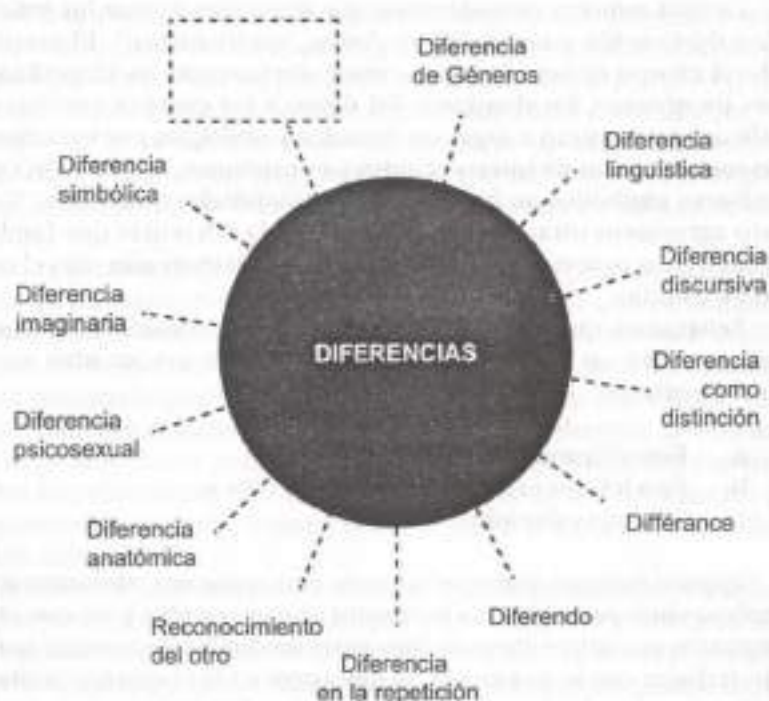
diacronía, un antes y un después, sino una coexistencia de estas categorías. Además, desde un concepto de repetición puro no se explica la diferencia. Pero depende de sus intérpretes si se acentúa más la categoría repetición o diferencia. A nuestro juicio, es la diferencia, en la intersección de sus múltiples planos y significaciones, la que marca el camino de los procesos de subjetivación.

Sexta proposición

Nuestra sexta proposición es, entonces, que el concepto de diferencia excede al de diferencia sexual. Su polisemia: la diferencia en el plano lingüístico, la diferencia heideggeriana como distinción, la différence derridiana, el diferendo (Lyotard), la diferencia en la repetición en un sentido deleuziano como flujos en devenir, la diferencia como alteridad radical, hacen a los múltiples planos en que puede ser analizada y que entran en relaciones, concordantes o contradictorias, con las diferencias de género y psicosexuales, imaginarias y simbólicas, en los procesos de subjetivación sexuada. Todas estas variables configuran un campo en el que siempre queda un "casillero vacío".

En nuestro trayecto consideramos que la cuestión no es anular la noción de diferencia sexual sino sostenerla como tal, en tensión, en complejidad, en sus múltiples planos, con sus limitaciones y contradicciones, con sus aspectos no simbolizables, sin desviarla ni localizarla en uno de sus términos: lo femenino como el enigma. No es tampoco desconocer lo enigmático de la existencia, sino no derivar el enigma a lo femenino. El enigma es mucho más y apunta a otros órdenes. Ubicarlo en lo femenino se apoya en la necesidad de sortear incertidumbres y angustias ligadas a la diferencia.

Por otra parte, tanto la homosexualidad como las diversidades sexuales y de género apuntan a repensar esa noción radical de la diferencia sexual que se sostiene en las dicotomías fijas, masculino-femenino, como condición de inserción en un universo simbólico de lazos sociales.



Subjetivación sexuada. Reflexiones

En el itinerario que hemos recorrido hemos comenzado planteando que uno de los mayores desafíos para el psicoanálisis en las primeras décadas del siglo XXI es adentrarse en las epistemologías y lógicas en juego en el campo de la sexualidad y los géneros. Para ello, nos propusimos enfocar problemáticas referidas a la diferencia sexual y de géneros a partir de categorías psicoanalíticas y transdisciplinarias.

Hemos postulado que los *impasses* propios del pensamiento binario requieren un entrecruzamiento con epistemologías y lógicas actuales para generar un descentramiento de las opciones fijas que conducen a concepciones esencialistas sobre la diferencia sexual. En esas intersecciones se hace posible iluminar las mismas categorías generando nuevos efectos de significación.

De esta manera, consideramos que se pueden pensar los procesos de subjetivación y sexuación en forma "multicéntrica". El amplio y plural campo de las identificaciones -incluyendo las identificaciones de género-, los dominios del deseo y los cuerpos con sus significaciones, entran a jugar en variadas y múltiples permutaciones. En esos procesos de intersecciones y oposiciones, la inserción en un universo simbólico se implica en complejidades crecientes. Y, si a esto agregamos otras concepciones sobre la diferencia que también atañen a los procesos de subjetivación, ampliamos aún más el campo de estudio.

Relteramos que estas reflexiones pasan por considerar el psicoanálisis como un *sistema abierto*, en constante intercambio con el mundo externo.

- a. Específicamente con los otros.
- b. Con los discursos y normas de la cultura.
- c. Con otras disciplinas.

Implica trabajar, como señalamos, con *esquemas tripartitos o que incluyan más variables*, con conjuntos que intersecten y, en esas intersecciones encontrar líneas de fuga entre los dualismos que nos permitan trabajar con lo nuevo, con lo que surge en los espacios-límite, en las fronteras, en las interfaces. Todo esto implica poder pensar a partir de órdenes heterogéneos que no siempre llegan a síntesis dialécticas. Supone trabajar con dualismos y complejidades a la vez. En otras palabras, el pensamiento complejo excede los dualismos, pero también los incluye.

Pensar sobre la base de *esquemas triádicos* o cuaternarios no implica una sumatoria de categorías ni tampoco arribar, como hemos subrayado, a una síntesis superadora, sino establecer una serie de conjuntos que intersectan sin llegar inevitablemente a una unidad armónica. En las intersecciones, que pueden incluir concordancias pero también discordancias, se producen fenómenos de subjetivación sexuada que implicarán acceder a resoluciones simbólicas, más o menos problemáticas, de acuerdo al grado de conflicto y dolor psíquico de cada sujeto en su contexto familiar, social y epocal.

Esta coexistencia de *lógicas heterogéneas* hace a la compleja relación entre el sexo biológico, el género, las identificaciones y el deseo. Es fundante de subjetividad y está atravesada por movimientos edípicos, si se toma el complejo de Edipo en forma ampliada, transfamiliar, replanteando sus aporías y considerando sus eventuales efectos

simbólicos, como lo hemos tratado en el capítulo correspondiente. Estas variables, entonces, se pueden pensar en sus entrecruzamientos, en las zonas límite que se producen entre ellas. Recordemos la propuesta de Trías (1991) de que el ser se constituye en el *limes* (límite).

Por lo tanto, el sujeto sexuado se constituye en tensión, en la colisión entre órdenes heterogéneos. Esto apunta, como diría Bajtin (1978), a una *polifonía constitutiva* en los procesos de subjetivación sexuada.

Esta línea de trabajo nos conduce a pensar estos procesos más allá de las falsas disyuntivas naturaleza-cultura, pulsión-objeto, mundo interno-mundo externo. Y, especialmente, enfatizamos la enorme dificultad en llegar a síntesis armónicas en los procesos de subjetivación en esa relación imposible de unificar: entre los cuerpos sexuados, las identificaciones plurales y el campo del deseo y la elección de objeto. Esto implica incluir la polaridad binaria masculino-femenino, con todas las incertidumbres que genera, en sistemas de multiplicidades y complejidades mayores. Supone poner en juego más de dos variables para su comprensión.

Entonces, si volvemos a los procesos de subjetivación sexuada, que, como dijimos están marcados por incertidumbres y ambigüedades, vemos que la más que frecuente no concordancia entre las fantasmáticas bisexuales, las identificaciones plurales, la contingencia de la elección de objeto y los cuerpos sexuados hacen que, como señalaba Pontalis (1982, p. 26), frente a la asignación de una identidad sexual, "no nos es demasiado toda una vida para responder *en persona* a las respuestas que se presentaban como ya dadas".

Lógicas y diferencias

En nuestro recorrido hemos trabajado con elementos contradictorios sin eliminar ninguno de sus términos. Hemos revisado los múltiples niveles en que se juega la diferencia, de los cuales la diferencia sexual es uno; y hemos enfocado específicamente la diferencia sexual y de géneros en el campo psicoanalítico.

Es ineludible atravesar la categoría "diferencia sexual" en la cultura, los discursos y la clínica, mientras aceptemos que no corresponde a un hecho natural ni a una esencia inmutable y rescatemos su complejidad, multivocidad y aspectos metafóricos.

En síntesis, el objetivo propuesto implicó plantear formas alternativas de pensar la diferencia; abordar esta categoría con *otra lógica* que incluya el poder sostener heterogeneidades y discordancias en tensión, sin resolución inmediata. No hemos planteado eliminar la

lógica binaria: tarea imposible, ya que atraviesa tanto la cultura como el lenguaje y es parte de nuestro psiquismo, pero sí aceptar un interjuego entre la lógica binaria y las lógicas del límite y la heterogeneidad (plurivalentes y paraconsistentes). Para Deleuze significa trabajar con conjunciones disyuntivas (Deleuze y Parnet, 1977; Deleuze y Guattari, 1980). Implica atravesar los dualismos, arribar a síntesis transitorias tanto como a disyunciones, que sostienen la heterogeneidad de los procesos de subjetivación.

Asimismo, el *paradigma de la complejidad* permite pensar con y también más allá de la lógica binaria. Esta posición se distancia del relativismo y del eclecticismo y apunta a delinear una problemática analítica –la diferencia– que demanda ser repensada.

El *esquema triádico* no es estático, sino que está en constante devenir, como los procesos de subjetivación. Subjetividad y diferencia van unidas. En este devenir intervienen distintas tramas discursivas y culturales, distintos órdenes de terceridad simbólica. Esto implica, a nuestro juicio, que no hay un orden simbólico, atemporal e inamovible, sino distintos órdenes simbólicos cuyos movimientos nos exceden en nuestra temporalidad acotada (Glocer Fiorini, 2001a, 2007b).

Estos movimientos permiten pensar en otros devenires, complejos y diferentes; para las posiciones masculina y femenina así como para las denominadas diversidades sexuales, con distintos márgenes de conflictividad en relación con las normas vigentes.

En este marco, la diferencia sexual y de géneros debería ser pensada en un contexto de multiplicidades (lógicas, simbólicas y experienciales) y con un trabajo de deconstrucción y construcción permanentes. Supone concebir un sujeto en movimiento, en producción, y un psiquismo abierto, plural, al estilo del magma psíquico propuesto por Castoriadis (1986).

Esto implica que las teorías y las prácticas también están en transición.

Finalmente, adentrarse en la temática de la diferencia sexual se relaciona, como señalamos, con los debates sobre las pluralidades sexuales y de género, así como sobre lo femenino y lo masculino. En este contexto, en el que la diferencia sexual se difumina, enfatizamos que también implica introducir otro elemento ineludible: el concepto de otredad. *Para Fraisse (1996) la alteridad es una categoría irreductible, que se sostiene más allá de la diferencia sexual. Implica el reconocimiento de posiciones subjetivas, alejadas del binarismo sexual.*

La problemática de la diferencia sexual apunta a señalar cómo cada sujeto se apropia de las determinaciones pre y transubjetivas

que lo preceden y *cómo inscribe simbólicamente la(s) diferencia(s) en todas sus vertientes en una significación organizadora*. Esta es una operación compleja, siempre incompleta y problemática, que requiere incluir todos los planos que hemos considerado sobre la diferencia y que nos conduce a la necesidad de aceptar lo heterogéneo, lo antagónico, de captar todas las determinaciones en juego, evitando una posición tranquilizadora con respecto a saberes establecidos.

Estamos en presencia de dilemas y aporías que impulsan la necesidad de deconstruir y efectuar un análisis genealógico de la categoría "diferencia" que eventualmente *pueda conducir a nuevas construcciones no axiomáticas*, con efectos en la clínica. Esto implica atravesar narrativas, metáforas, pero considerar también que hay "casilleros vacíos" por fuera del campo simbólico.

Iluminar la *multiplicidad* de nociones sobre la diferencia permite pensar en el acceso de cada sujeto a la diferencia en forma compleja. No se trata solamente del acceso a la diferencia sexual (heterosexual), sino a otros niveles simbólicos de la diferencia así como reconocer sus aspectos no simbolizables. Esto permite repensar la clínica en situaciones que no responden a los cánones tradicionales, clásicos. Se dan, entonces, distintos niveles de multiplicidades, trabajadas en concordancias y discordancias.

La cuestión es si el sujeto tiene inscripta psíquicamente la diferencia en todos los planos en que se dirime, es decir, en un sentido ampliado. Esto va más allá, incluso, de cómo se resuelva la elección de objeto y apunta al reconocimiento de la alteridad.

En el contexto que hemos trabajado, la diversidad alude a los itinerarios plurales del deseo y a las identidades cambiantes de género, que se visibilizan cada vez más en las sociedades contemporáneas. Por otra parte, la diferencia se refiere a operaciones simbólicas que se juegan en distintos planos que interactúan entre sí, en forma complementaria y antagonista a la vez.

No se trata de invertir los términos y pasar de los dualismos a las diversidades o de la diferencia a la diversidad. No pensamos en términos de pasajes entre ambas categorías, sino de una coexistencia paradójica (Glocer Fiorini, 2001 a). Son categorías que se implican y desafían mutuamente. Por eso, abordamos los procesos de subjetivación en base a movimientos recursivos entre distintos órdenes coexistentes de diversidades y diferencias.

Esto implica abrir una comprensión ampliada y proponer hipótesis alternativas, otras lógicas y formas de pensamiento para trabajar

con categorías heterogéneas no sintetizables, que den cuenta de estos desafíos de la clínica a la teoría, y de la teoría a la clínica.

En estos procesos de subjetivación los discursos y contra-discursos sociales y el universo cultural marcan *ordenamientos simbólico-discursivos* que tienen efectos en todos los órdenes mencionados: en los cuerpos, en las identificaciones, en las fantasmáticas, en la elección de objeto. Como hemos señalado, son efectos historizables y ponen en juego distintos mecanismos de *terceridades* y diferencias. La inserción de un sujeto en un universo simbólico dependerá de los mecanismos psíquicos en juego y, también, de lo que el contexto familiar y social acepte en relación con las terceridades y las diferencias. En esta trama, se producirán distintos tipos de subjetivación sexuada con diferentes conflictivas.

Para terminar, como hemos destacado, consideramos que las crisis de referentes simbólicos no siempre son ataques al orden simbólico, sino que pueden eventualmente ser el punto de partida de nuevas formas de ordenamiento simbólico.

Entonces, entre el Edipo y el más allá del Edipo; entre la sexualidad, el sexo y el género; entre la pluralidad de identificaciones; entre las normas y lo que las excede; entre lo instituido y lo instituyente: en esas intersecciones la *subjetividad sexuada se constituye en colisión*, en un contexto de procesos en constante devenir, contrario a cualquier posición sustancial sobre el sujeto.

Bibliografía

- ABELIN-SAS ROSE, G. (2010). Are women still in danger of being understood? En: L. Glocer Fiorini y G. Abelin-Sas Rose (Comps.), *On Freud's Femininity*. Londres: Karnac.
- ALIZADE, A. (1992). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- AMBROSIO, G. (2009). *Transvestism, Transsexualism in the Psychoanalytic Dimension*. Londres: Karnac.
- AMORÓS, C. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- ANGENOT, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ARGENTI, S. (2009). Transvestism, transsexualism, transgender: identification and imitation. En: G. Ambrosio (Comp.), *Transvestism, Transsexualism in the Psychoanalytic Dimension*. Londres: Karnac, 2009.
- APPIGNANESI, L. y FORRESTER, J. (1992). *Las mujeres de Freud*. Buenos Aires: Planeta, 1996.
- ARISTÓFANES (1977). *Lisistrata*. México: Premiá, 1990.
- AULAGNIER, P. (1992). ¿Qué deseo, de qué hijo? En: *Psicoanálisis con niños y adolescentes. Revista de APdeBA*, 3. Buenos Aires.
- BAJTIĆ, M. (1978). *Problemas de la poética de Dostoyevski*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BAJTIĆ, M. (1990). Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. En: *Teoría y estética de la novela*. Buenos Aires: Taurus.
- BALANDIER, G. (1988). *El desorden*. Barcelona: Gedisa, 1990.
- BARANGER, M. y BARANGER, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4 (1): 3-54.
- BAUDRILLARD, J. (1990). *La transparencia del mal*. España: Anagrama, 1991.
- BELINSKY, J. (1997). Arquitectura de un mito moderno. En: S. Tubert (Comp.) *Figuras del padre* (pp. 63-93). Barcelona: Cátedra.
- BENJAMIN, J. (1988). *Los lazos de amor*. Buenos Aires: Anagrama, 1996.
- BENJAMIN, J. (1995). *Sujetos iguales, objetos de amor*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- BERENSTEIN, I. (2004). *Devenir otro con otro (s)*. Buenos Aires: Paidós.
- BLEICHMAR, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- BOUILLAUD, J. (1836). *Ensayo sobre filosofía médica y sobre las generalidades de la clínica médica*. Philosophie médicale.
- BOKANOWSKI, TH. (2010). Vicissitudes of the feminine dimension in men and bisexuality in the analytic situation. En: L. Glocer Fiorini y G. Abelin-Sas Rose (Comps.), *On Freud's Femininity*. Londres: Karnac.
- BOURDIEU, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- BOURDIEU, P. (2003). *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Quadrata.
- BOWLBY, J. (1969). *Attachment and Loss*. Londres: The Hogarth Press.